

# Acto primero

---

## Escena I

Elsinor. – Explanada delante de castillo

FRANCISCO, *de centinela en su puesto. Entra BERNARDO, dirigiéndose a él*

BERNARDO. – ¿Quién vive?

FRANCISCO. – ¡No, contestadme a mí! ¡Alto y descubríos!

BERNARDO. – “Viva el rey!”.<sup>1</sup>

FRANCISCO. – ¿Bernardo?

BERNARDO. – El mismo.

FRANCISCO. – Llegáis muy puntualmente a vuestra hora.

BERNARDO. – Acaban de dar las doce. Vete a dormir, Francisco.

FRANCISCO. – Muchas gracias por el relevo. Hace un frío cruel, y estoy delicado del pecho.

BERNARDO. – ¿Ha sido tranquila vuestra guardia?

FRANCISCO. – Ni un ratón se ha movido.

---

1 Santo y seña de aquella noche.

BERNARDO. — Está bien; buenas noches. Si halláis a Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, decidles que se den prisa.

FRANCISCO. — Me parece oírlos. ¡Alto! ¡Eh! ¿Quién va?

*Entran* HORACIO y MARCELO

HORACIO. — ¡Amigos del país!

MARCELO. — ¡Y vasallos del rey de Dinamarca!

FRANCISCO. — Os doy las buenas noches.

MARCELO. — ¡Oh, adiós, pundonoroso militar! ¿Quién os ha relevado?

FRANCISCO. — Bernardo ocupa mi puesto. ¡Buenas, noches! (*Sale*).

MARCELO. — ¡Hola, Bernardo!

BERNARDO. — ¡Digo! ¿Está ahí Horacio?

HORACIO. — Un pedazo de él.

BERNARDO. — ¡Bien venido, Horacio! ¡Bien venido, querido Marcelo!

MARCELO. — Y qué, ¿se ha vuelto a aparecer eso esta noche?

BERNARDO. — Yo no he visto nada.

MARCELO. — Horacio dice que todo es pura ilusión nuestra, y no quiere creer lo referente a esa espantosa aparición que hemos visto ya en dos ocasiones. Le he rogado, por lo tanto, que venga con nosotros a velar toda la noche, para que, si vuelve a salir ese fantasma, pueda dar crédito a nuestros ojos y hablarle.

HORACIO. — ¡Bah, bah! ¡Qué ha de salir!

BERNARDO. — Sentémonos un rato, y dejad que asalteemos nuevamente vuestros oídos, tan inexpugnables contra

la narración del suceso que hemos presenciado ya dos noches.

HORACIO. — Vaya, pues sentémonos, y a ver qué nos cuenta de eso Bernardo.

BERNARDO. — La noche pasada, cuando esa misma estrella que se ve al occidente del polo había hecho su curso hasta iluminar la parte del cielo en que ahora brilla, Marcelo y yo, a tiempo que el reloj daba la una...

*Entra la SOMBRA*

MARCELO. — ¡Silencio! ¡Detente! ¡Míralo por dónde viene otra vez!...

BERNARDO. — ¡Es la misma figura, semejante al rey, difunto!

MARCELO. — ¡Háblale, Horacio, tú que eres hombre de letras!

BERNARDO. — ¿No se parece en todo al rey? ¡Fíjate, Horacio!

HORACIO. — ¡Exactamente! ¡Me estremece de asombro y de terror!

BERNARDO. — Querrá que le hablen.

HORACIO. — ¿Quién eres tú, que así usurpas esta hora a la noche, con esa noble y guerrera presencia con que en otro tiempo solía marchar al frente de los ejércitos la majestad del sepultado dinamarqués? ¡Por el Cielo te conjuro! ¡Habla!

MARCELO. — ¡Está enojado!

BERNARDO. — ¡Mira, se aleja altivo!

HORACIO. — ¡Detente! ¡Habla! ¡Habla! ¡Te conjuro que hables! (*Sale la SOMBRA*).

MARCELO. — ¡Se ha ido sin querer contestar!

BERNARDO. — ¿Qué tal, Horacio? ¡Os veo temblar y palidecer! ¿Era esto algo más que fantasía? ¿Qué opináis de ello?

HORACIO. — ¡Por Dios, que jamás lo hubiera creído, sin la sensible y patente demostración de mis propios ojos!

MARCELO. — ¿Y no se parece al rey?

HORACIO. — ¡Como tú a ti mismo! Tal era la armadura que llevaba cuando combatió con el ambicioso noruego, y así frunció el ceño cuando, en airada entrevista, derribó de su trineo al polaco, haciéndolo rodar por la nieve. ¡Esto es maravilloso!

MARCELO. — Pues ya en dos ocasiones, y justamente a esta hora de silencio mortal, ha pasado con marcial continente por delante de nuestra guardia.

HORACIO. — No sé a punto fijo qué pensar acerca de ello; pero, en mi humilde y modesto parecer, esto augura alguna extraña conmoción en nuestro Estado.

MARCELO. — Pues bien: sentémonos, y que me diga quien lo sepa por qué fatigan de tal modo por las noches a los súbditos del país con estas guardias tan extremadas y rigurosas, y por qué tanta fundición de cañones de bronce y ese acopio extranjero de pertrechos de guerra; por qué esa leva de calafates, cuya penosa labor no distingue el domingo del resto de la semana; qué peligro se avecina para que esa jadeante actividad convierta la noche en compañera de trabajo del día; ¿quién podrá explicármelo?

HORACIO. — Yo puedo explicártelo, o, al menos, así se susurra. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de

aparecérsenos, fue, como ya sabéis, retado en singular combate por Fortinbrás de Noruega, a quien agujoneaba la más celosa envidia. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet, que tal timbre de gloria adquirió en esta parte del mundo que nos es conocida, dio muerte a Fortinbrás, quien, en virtud de un contrato sellado y plenamente ratificado, según la ley y el fuero de armas, al perder la vida cedía al vencedor todas aquellas tierras sobre las cuales se extendía su dominio. Nuestro rey, en cambio, se comprometió a entregarle una porción equivalente de territorio, que debía pasar a poder de Fortinbrás, caso de que este saliera triunfante. Y sucedió que, por el expresado convenio y a tenor de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora, señor, Fortinbrás el joven, henchido de un carácter indómito e inexperto, ha ido reclutando aquí y allá, en las fronteras de Noruega, una turba de desheredados, resueltos, por comida y dieta, a alguna empresa a prueba de resolución, y que no es otra, como ha entendido perfectamente nuestro gobierno, sino venir a recobrar, con mano airada y términos conminatorios, las mencionadas tierras que de tal modo perdió su padre. Y este es, en mi sentir, el motivo principal de nuestros preparativos, la causa de estas guardias que venimos haciendo y la razón capital de ese febril trajín y bullicioso trastorno en que se halla la nación.

BERNARDO. — Opino que no debe de ser más que eso, que bien pudiera explicar por qué se aparece armada en medio de nuestra guardia esa visión portentosa tan semejante al rey que fue y es la causa de estas guerras.

HORACIO. — ¡He aquí una motita para nublar los ojos del entendimiento! En la época más gloriosa y floreciente de Roma, poco antes de sucumbir el poderosísimo Julio, las tumbas quedaron vacías, y los difuntos, envueltos en sus mortajas, vagaban por las calles de Roma dando alaridos y confusas voces; viéronse también raros prodigios en el cielo, como estrellas de colas encendidas, lluvia de sangre y maleficio en el sol; y el húmedo planeta, a cuya influencia está sujeto el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si hubiera llegado el día del Juicio Final. Y estos mismos pronósticos de espantables sucesos, a modo de nuncios que preceden siempre a los hados y prólogo de calamidades inmediatas, son los que, cielo y tierra juntos, se han manifestado a nuestros climas y compatriotas.

*Vuelve a entrar la SOMBRA*

Pero ¡silencio! ¡Mirad! ¡Ved dónde aparece de nuevo!... ¡He de salir al encuentro, aunque me hechice! ¡Detente, fantasma! ¡Si puedes emitir sonidos o usar la voz, háblame! ¡Si hay alguna buena obra que hacer, que te reporte a ti un alivio y a mí la gracia divina, háblame! ¡Si eres sabedor del destino que amenaza a tu país y que, previéndolo, felizmente pueda evitarse, ¡oh!, habla! O si en vida depositaste en las entrañas de la tierra tesoros mal adquiridos, por cuya causa, según se dice, vosotros, los espíritus, con frecuencia vagáis errantes después de la muerte, dímelo... ¡Detente y habla!... *(Canta el gallo)*. ¡Ciérrale el paso, Marcelo!